

Ernesto Langer Moreno



Arqueología de un retorno

Novela

© Ernesto Langer Moreno
Diseño de portada: Swen André Langer Fernández
Derechos reservados
Abril 2008
Impreso en Chile / Printed in Chile
Web del autor: www.escritores.cl/elanger

Dedicado a
Alejandro Vallarino Estay (Q.E.P.D.)

Capítulo uno

A Martín Fernández la caída de la noche le hizo recordar los duros días de invierno en Europa, en una ciudad de provincia, donde a las seis de la tarde todo está oscuro, frío y solitario. Pero pasaban de las ocho y las calles se veían aún llenas de gente, con estudiantes uniformados y juguetones, con personas que pasean sus mascotas mientras fuman un cigarrillo, con muchos autos circulando.

Entonces pensó que el bullicio del tráfico lejos de molestarle, le atraía. Toda esa acción nocturna le resultaba agradable, liberadora, como si viniera de un convento donde lo hubiesen tenido encerrado en silencio durante muchos años.

Nada es igual –se dijo– y se estremeció pensando en los diez años de su vida vividos tan lejos de su patria, sus costumbres y los suyos. Sí, de los suyos, aquella gente más alegre y entusiasta, con el alma graciosa, llena de imaginación. Del diarero que vende sus periódicos y grita en una esquina, mientras

bromea ofreciéndolos entre los autos detenidos por el semáforo. O de aquel otro personaje que ofrece rosas rojas esperando encontrar algún enamorado que meta su mano al bolsillo y compre su percedera mercancía hecha de tallos y hojas.

Es tan diferente –reflexionó–, mientras sentía cómo el alma casi se le escapaba del cuerpo. Ver aquel alboroto callejero lo conmovía profundamente. No había allí gente impertérrita y aburrida transitando como si los otros no existieran; extraños hablando un idioma diferente.

Por fin podía respirar el aire de su patria. Era como haber cambiado de pronto de dimensión y de piel. Algo soñado por mucho tiempo, guardado celosamente en su corazón. Un aire distinto.

De nuevo en mi casa, es lo mejor que me ha pasado –se dijo.

El taxi se internó finalmente por las estrechas callejuelas de la comuna de San Joaquín que lo llevarían hasta la casa de su madre donde se hospedaba hacía un par de días. El auto, un viejo Peugeot del año setenta tenía un enorme tajo que dejaba ver la espuma de relleno como si fueran las tripas de un acuchillado. El chofer era un hombre joven que sonreía cada vez que le dirigía la palabra. No tenía la facha de un chofer de taxis europeo y seguramente su taxímetro estaría arreglado, pero lo sabía de los suyos y en ese momento era lo que más le importaba.

Mientras lo veía conducir reflejando sus ojos en el espejo retrovisor buscó el botón para bajar

un poco el vidrio y se encontró con una de esas viejas manivelas que lo obligan a uno a ejercitar su brazo, dándole vueltas y vueltas. Le dio varios giros y luego, por un momento, sacó la cabeza para sentir el viento de la noche en la cara y disfrutarlo.

Menos de cinco minutos después el auto transitaba por lugares conocidos; el grifo amarillo a la izquierda, luego el pasaje y nuevamente a la derecha hasta llegar a la casa. Conocía el camino de memoria, nada había cambiado, esos eran los pasajes de sus correrías cuando joven, las esquinas donde se reunía con sus amigos a conversar y fumar marihuana a vista y paciencia de todo el mundo, con desenfado. Ahora le parecía irresponsable. Entonces era su rutina diaria, su manera de disfrutar una placentera y alocada juventud.

Martín se despidió a través de la ventanilla y, respirando fuerte, como si quisiera llenarse los pulmones de un espíritu familiar, dio unos pasos hasta abrir la reja de la casa, un esqueleto de fierro rechinante.

–Por fin llegas –dijo Cristina, mientras lo abrazaba y daba besos sin ocultar la alegría de tenerlo junto a ella otra vez. Para eso había esperado durante años. Porque una madre, según dijo, tiene que aprovechar cada momento como si fuera el último, sobre todo si su hijo vive lejos y no lo ve todos los días.

Antes de liberarlo de su abrazo le dijo:

–Te llamó el Pato Mancilla, dejó un número de teléfono para que lo llamaras esta misma noche. Dijo que te esperaba con una magnífica sorpresa.

Ah, sí, el Pato –pensó–, el Pato. Qué será de ese compañero de curso y de juerga, loco de remate, falto de escrúpulos, mujeriego empedernido, pendenciero. Todo eso lo tenía más que claro, pero al fin y al cabo era su amigo. Cosas como las que pasamos juntos –se dijo– no son fáciles de olvidar: los carretes, las pichangas, las conversaciones interminables, las mujeres.

En un principio se habían escrito, pero rápidamente las cartas se fueron distanciando, hasta que los envíos cesaron. Lo último que supo de él era que estaba a punto de separarse de Lucy, su esposa, quien ya no aguantaba su desfachatada afición por las mujeres y el trago.

Seguramente no ha cambiado nada –se dijo– y al enterarse de su llegada lo estaba llamando para invitarlo a carretear. Le dio las gracias a su madre con un beso en la mejilla.

–Después lo llamo. Ahora quiero darme una ducha.

Tomó el papel donde estaba anotado el número de teléfono de su amigo, lo guardó en el bolsillo y se quitó la chaqueta para dirigirse al baño.

Todo iba muy rápido, sin que hasta ese momento pudiera hacer siquiera una pequeña síntesis de lo que le venía aconteciendo. Durante la ducha de nuevo pensó en lo extraño y

sorprendente que le parecía su país. Se había impresionado ya al llegar al aeropuerto y atravesar la ciudad encontrando las calles sucias, grises, los autos viejos y la locomoción colectiva desordenada y agresiva. Esa fue su primera impresión. Tan diferente al orden y limpieza del lugar de donde venía. Pero también lo había impresionado el hecho de que se hablara en las colas; en las colas del pan, en las colas de la parafina y hasta en las colas de los bancos.

Aquí en Chile –pensó– todos hablan con todos sin conocerse. No recordaba esa costumbre popular en la que basta cualquier pretexto para entablar rápidamente una conversación. No existía algo así en Saint Brevins les Pins, donde la gente era más bien retraída, encerrada en sí misma.

Allá las filas eran silenciosas y aburridas. No había comparación.

Cuando salió de la ducha le pasó la mano al espejo para quitarle el vapor y poder peinarse y afeitarse, porque quería estar impecablemente limpio. Aún no sabía para qué, pero sentía como si ese solo acto le auguraré algo positivo. Por alguna razón todo en su interior se agitaba ansioso, llenándolo de un enorme y agradable presentimiento.

Apenas le habían aparecido unos vellos casi imperceptibles, pero igual decidió afeitarse sintiendo que por mucho que se hubiese afeitado en la mañana ya su rostro le parecía una lija.

Quería tenerlo verdaderamente suave y limpio, preparado para cualquier acontecimiento.

Pasadas las diez de la noche sonó el teléfono mientras Martín y su madre conversaban plácidamente, sentados en la pequeña sala de estar alumbrada apenas por la luz amarilla de una lámpara de mesa. Ella se levantó a atenderlo. Antes de partir encendió otra lámpara y dejó a Martín mirando un alto de fotos familiares.

Desde la pieza escuchó a su madre riendo y hablando sobre él con alguien al otro lado del auricular. Trató de averiguar quién era atendiendo a las palabras entrecortadas que percibía, aunque no logró hacerlo. En realidad aquello no tenía ninguna importancia, porque después de todo era normal que la familia llamara para preguntar sobre su suerte. Seguramente sería alguna tía que enterada de su llegada intentaba ponerse de acuerdo para hacerle una visita. Nada más. No pudo sin embargo evitar sentir un poco de curiosidad y tuvo que esperar a que su madre volviera para enterarse de quien había llamado.

Cristina volvió a la sala contenta, haciendo gestos graciosos con las manos, y se sentó a su lado en el sofá.

—Era la Chelita, ¿te acuerdas de ella?, la prima de tu padre. Supo que habías llegado. Quiere venir y presentarte a Marilú, su hija. Me contó que la niña quiere viajar y que le sería muy conveniente conversar con alguien de más experiencia como tú. Es linda —acotó—. Le dije

que viniera mañana a almorzar. Espero que no te importe.

–No, no me molesta –respondió.

Un rato después golpearon a la puerta. Esta vez Martín se puso de pie y fue a abrir. Apenas lo hizo se encontró frente a Pato Mancilla, un poco más moreno de como lo recordaba luciendo una sonrisa enorme y con sus brazos abiertos de par en par. No había cambiado mucho, tal vez se veía un poco más grueso y más viejo, pero al parecer el mismo espíritu chacotero y travieso de su juventud permanecía intacto. Era el primer amigo con el que se encontraba después de tantos años.

El abrazo casi lo asfixia. Sabía que la gente de su pueblo era mucho más extrovertida y cariñosa de lo que sus anfitriones franceses lo tenían casi acostumbrado, pero ese afecto impetuoso lo hizo sentir un poco incómodo.

En Francia lo acogieron a su manera, un modo de ser que había aprendido y compartía en la práctica, pero que sin lugar a duda era, siempre lo pensaba, más calculador y frío, impersonal y a veces hasta apático.

Sin embargo él había entrado en ese juego, cambiando su modo de ver las cosas, mimetizándose, actuando igual que esos europeos más prácticos e independientes que los latinoamericanos, y a quienes les cuesta expresar a menudo el cariño hacia sus semejantes.

–¡Pero si estás igualito, ni siquiera un pelo menos o una cana! –le dijo Pato mientras duró el cerrado abrazo–. Compadre –continuó–, esta

noche nos reventamos porque le tengo preparado como bienvenida un panorama inigualable.

–Espera, conversemos un poco antes, saluda a mi madre –respondió–, impresionado todavía por aquel efusivo encuentro. Tenía que averiguar primero los planes de su amigo, no fuera a ser ésta otra de sus locuras.

Cristina le ofreció un café y éste aceptó. Durante todo el rato Martín lo notó inquieto, no paraba de hablar y de fumar. Parecía ser el mismo Pato de hace diez años, acelerado y ansioso. Muy pronto estaba tomando su tercer café y entre conversación y conversación, de pronto Cristina se despidió para dejarlos tranquilos.

Hay que permitir que se encuentre con sus amigos, que salga a redescubrir el Chile que tanto añoraba, para eso vino. A lo mejor le gusta y se queda –pensó Cristina–, y se marchó con el pretexto de que tenía algunas cosas pendientes.

Una vez solos tomaron unos sorbos de café en silencio, durante un par de segundos y...

–No más palabras –dijo de repente Pato–, lo tomó del brazo, le pasó su chaqueta que colgaba en el respaldo de una silla y se lo llevó.

Afuera la noche estaba embarazada de estrellas y Martín respiró profundamente, después de acomodarse la chaqueta.

Capítulo dos

Marilú tenía fama de complicada. Los hombres eran fácilmente atraídos por su belleza exótica, por su pelo ondulado, atado siempre con finas cintas de colores. Sus ojos azules, la ropa que vestía siempre ceñida al cuerpo, más una especial alegría y gracia femenina, los deslumbraba. En verdad eran encantados, pero luego de conocerla mejor cambiaban de opinión, a causa del modo tan extraño que tenía a veces de comportarse.

Joven, linda e inteligente, ya había hecho varios intentos por encontrar su camino en los estudios: bachillerato, fotografía, periodismo y cursos de un cuantohay que no habían logrado hacerla llegar a buen puerto. Corriendo el tiempo se había vuelto un picaflor de los estudios.

En todo caso lo que le interesaba ahora era la poesía. Le gustaba escribir y se atrevía a hacerlo, combinando esta nueva afición con largas sesiones de lectura que la habían convertido en

una verdadera devoradora de libros. Debido a esto mismo se había ido apartando aún más de la gente y su ya conocida insatisfacción por las cosas iba creciendo, incubando en su espíritu un carácter todavía más difícil y complicado que el habitual.

Me importa un bledo –se decía– lo que otros piensen de mí. Cada uno debe buscar su propio camino, por difícil que parezca. Yo no voy a ser igual a esas que sueñan con encontrar un buen partido, casarse y formar una familia, para después darse cuenta que son esclavas de sus responsabilidades y que no han hecho nada de lo que hubieran querido. Yo quiero salir y conocer el mundo, ir a Europa, vivir en una buhardilla en un viejo edificio de París donde hagan nata los artistas, y escribir, escribir y escribir hasta que me dé puntada.

En ese pensamiento estaba cuando entró a la pieza su madre, a contarle que había hablado con Cristina.

–¿Y que no era medio raro ese tipo?

La Chelita no respondió.

Claro que era raro –pensó después la Chelita–, si nunca se supo porqué de la noche a la mañana se fue del país. Algunos decían que estaba metido en política con esos comunistas que ponían bombas durante el gobierno militar, y que se comían las guaguas. Aunque a ella eso no le constaba en lo más mínimo y sus padres lo negaron desde un principio.

En todo caso había quedado siempre una sombra de duda en torno suyo. Un misterio que tal vez ahora sería el momento de aclarar.

Capítulo tres

El barrio alto de Santiago lucía su habitual decoro de grandes avenidas y letreros publicitarios iluminados. Grupos de jóvenes se apiñaban a la entrada de las discotecas y el ambiente era festivo.

A Martín le pareció que este sector de la ciudad se parecía mucho más a un barrio europeo de lo que él hubiera imaginado. Era como si en ese momento descubriera que existían dos Chile: uno moderno, limpio, iluminado, decoroso y próspero; y otro rasca, sucio, estancado y pobretón.

—¿Cómo estás encontrando Chile? —le preguntó Pato.

—No sé, cambiado.

—Sí pues, hartó cambiado, nada que ver como cuando estaban los milicos. Ahora estamos en d e m o c r a c i a —pronunció lentamente, gesticulando—. Ahora no hay toque de queda, pero

hay poca plata, se la han robado toda. Aunque no falta donde ni como pasarlo bien –concluyó.

Pato pensaba conocer bien a Martín y no creía que hubiese cambiado. Aún lo veía como uno de sus compañeros de parranda. Sabía que no era un mojigato, por eso estaba seguro que no se iba a alarmar con el panorama que le tenía preparado. Sobre todo le van a gustar las minas –se dijo– de eso estoy seguro. Sé que después me lo va a agradecer.

En la Villa El Dorado, al final de Vitacura, el auto se detuvo frente a una casa color blanco cercada por una reja de madera a mal traer. El jardín se veía descuidado y algunos de los pastelones de la entrada estaban sueltos.

Martín observó a alguien mirando detrás de las cortinas, y enseguida escuchó abrirse la puerta de la casa.

Pato lo instó a entrar y cuando lo hizo éste ya tenía abrazada a la Piti, una mujer rubia, cuarentona y a juzgar por sus gestos, coqueta. La besaba y le tenía sus dos manos puestas en el traste desde donde la empujaba atracándola contra su cuerpo.

–Este es mi amigo Martín, del que te he hablado, viene llegando de Francia.

–Comment allez vous, monsieur? –dijo ella en un muy mal francés. Martín le sonrió y la besó en cada mejilla a la usanza francesa.

–¿Cómo va la cosa? –le preguntó Pato a la Piti.

–Vienen en camino, llamaron hace un rato, pero igual, yo tengo algo.

–¿Y la Florencia?

–También está que llega, no te preocupes.

Después de escuchar aquel breve diálogo, Martín intuyó que en ese lugar se jugaba con fuego, pero continuó como si nada. Se imaginó estar viviendo aquellos viejos tiempos de juventud en que el riesgo y la aventura eran lo más importante.

¿Acaso no era para eso que había vuelto a su país, a reencontrarse consigo mismo, a recordar y tratar de entender la línea ya trazada de su vida?

Esa juventud perdida era también parte de su historia; además, ¿quién podría certificar que no seguía todavía perdido, solamente que con más tristezas en el alma y unos kilos de más en el cuerpo? Aquello le resultaba diferente y no tenía por qué ser pecado portarse un poco mal. Después ya vería –se dijo.

La decoración era extremadamente sencilla, con muebles de mimbre y algunas imágenes como las del che Guevara, Mahatma Gandhi y Jesucristo colgadas en la pared. En las ventanas unas cortinas de crea cruda con algunos vuelos y en el piso alfombras artesanales. Lo invitaron a sentarse en torno a una mesa de madera hecha de palos quemados, con sillas de estilos diferentes, y antes que alguien pudiera decir algo Pato dibujó varias líneas de polvo blanco sobre la mesa separándolas unas de otras con una tarjeta de crédito. Luego, como para dar el ejemplo, tomó una hoja de papel que enrolló haciendo un

pequeño tubo con sus dedos y aspiró el polvo de una de las líneas dando una fuerte inhalación.

–Dale que es de la buena –le dijo.

Por curiosidad Martín no rechazó la invitación e hizo lo mismo, llenando sus pulmones de la poderosa diosa blanca.

Después le tocó el turno a la Piti quien lo hizo lentamente, estremeciéndose entera cada vez que lo inhalaba.

Para sellar el despegue siguieron unos vasos de pisco y unos pitos de cogollos verdes, enormes, que Martín no había visto hace mucho, pero mucho tiempo.

–Ya va a llegar la Florencia, amigo mío –le dijo Pato, ahora mucho más acelerado que antes, con la lengua pastosa y los ojos saltones, mientras fumaba tomando pequeños y repetidos sorbos de pisco.

–Piti.... ¿a qué hora dijiste que iba a llegar la Florencia?

Una hora más tarde aún no llegaba Florencia y se habían acabado el pisco, los pitos y la coca. Piti hizo varios llamados por teléfono en los que no logró comunicarse y Pato se veía más nervioso fumando un cigarrillo tras otro.

Martín comenzó a sentirse un poco mal.

¿Quién lo había mandado después de todo a meterse en ese asunto? –se preguntó, y deseó estar lejos.

Esa parecía ser la historia de su vida. Estar en algún lado sin querer estarlo y verse imposibilitado de cambiar su situación. Recordó

entonces las noches de angustia de los primeros años en Francia, cuando anhelaba poder volver a su país, sin poder decírselo a nadie, solo en el silencio espantoso, a tantos kilómetros de distancia, sintiéndose impotente, desamparado en tierra extraña, aguantando como un hombre esa angustia mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. Además, el Pato y la Piti se pusieron cariñosos de repente y sintió que estaba de sobra. Quiso entonces salir arrancando de esa casa, disparado hacia cualquier otra parte, pero sin embargo apretó fuerte el cojín que tenía a sus espaldas, como si su mano fuera una garra que aprieta una presa, y resistió.

Pato se dio cuenta que su amigo no estaba bien y no halló nada mejor que maldecir a esos estúpidos que no llegaban con el paquete, y a esa Florencia que ¡quién sabe qué chuchas le pasó!

Tomó de nuevo a Martín del brazo, como lo había hecho antes en la casa de su madre, y lo llevó a la calle donde se sentaron en la cuneta bajo la luz de un farol. No quería por ningún motivo que su amigo se aburriera, quería que recordara aquella noche con alegría. Pero tampoco podía irse y dejar botado el negocio. Lo mejor era tomar un poco de aire, así que encendió otro cigarrillo y escupió el humo hacia las estrellas de esa noche.

No se habían contado mucho, pensaba que referirle su desordenada y tormentosa vida sólo le aburriría. Muchas veces se había preguntado el porqué no partió con él a Francia. Por miedo tal

vez, o porque la Lucy todavía lo amarraba en ese tiempo. Se quedó en Chile sin ninguna explicación convincente. Mil y una vez había pensado que por eso mismo era un idiota. Mientras, Martín gozaba de los beneficios de una nación que a sus ojos además de ser antigua, con una gran historia, era económicamente poderosa y extremadamente culta.

Por eso también había dejado de escribirle, porque no tenía cosas interesantes que contarle, como las que Martín le relataba en sus cartas. Cosas extraordinarias, entretenidas, novedosas, mientras él sólo podía contarle de la represión, de los milicos en las calles, del general amenazando a la gente por la televisión.

–“¡Y al que no le guste...!”

Después se metió en la droga y pensó que aquello era aún menos digno de contarse, así que no continuó escribiendo. Mientras pensaba todo esto, sacó de su billetera un papelillo de último minuto, cogió un poco de coca con la punta de la misma tarjeta de crédito que había usado antes para separar las líneas y se lo ofreció a Martín:

–Toma, con esto te vas a sentir bien.

Luego caminaron, porque no hay nada mejor que caminar y fumar por las calles en silencio mientras la mente corre a un millón de revoluciones por segundo y los dientes permanecen apretados, imposibles de relajar.

Llegaron a Vitacura, donde se veía aún bastante agitación. Autos que circulaban con jóvenes sacando la cabeza por la ventanilla,

víctimas de una evidente intemperancia. Mujeres, o tal vez travestis, que esperaban algún cliente solapados en una esquina, dejándose ver cada vez que un auto reducía la velocidad. Una que otra micro y varios taxis a la caza de algún nocturno pasajero.

En esa caminata nocturna y bien drogados Pato se sinceró. Le contó que estaba metido en el tráfico de coca y que tenía ahora un círculo de amigos muy importante a quienes proveía continuamente. Le contó también que con Lucy hacía tiempo que ya no pasaba nada, que ella vivía sola con el Patito, después de haberlo engañado con un futbolista. Aunque él no le reprochaba nada en absoluto, ¿cómo podría hacerlo?, si su engaño fue uno contra cientos que él tenía a su cuenta. Además que ya era tarde para arrepentimientos y reconciliaciones. A esas alturas de la vida cada uno intentaba rehacerla a su manera.

–No es una vida buena –le dijo–, al menos no como la tuya, Martín. Qué bueno que estás aquí –remató, dándole una buena chupada a su cigarrillo.

Pero, ¿estaba allí?, ¿realmente estaba allí? ¿No había sido de repente transportado nueve o diez años en el pasado, al escuchar que su amigo consideraba que su vida, la suya, era buena, correcta y atinada?

Su vida también había sido dura. Qué sabía Pato por lo que él había pasado siendo un extranjero tratando de instalarse sin siquiera

entender lo que se dice, a la buena de Dios, viviendo de la caridad de organismos internacionales, compartiendo en hogares especiales para refugiados junto a orientales que llenaban los pasillos de olores insoportables, y donde había que hacer caca en cuclillas porque los inodoros eran asquerosos.

Pero no le estaba permitido sincerarse con su amigo, debía callar si quería seguir siendo un tipo respetado por su familia y por aquellos que lo conocían. No le sería posible confesar jamás su condición de refugiado político ni de los trucos y mentiras que se había visto obligado a inventar para no ser expulsado.

Todo eso debía mantenerlo usando una pantalla, crearse un cuento, otro yo hecho de miedo y falsedades. ¿Buena su vida? ¡De ningún modo! La suya tampoco era un modelo para nadie.

En la casa los esperaba Piti, sin noticias. Un poco más decaída y bajoneada, pero sin ninguna novedad. Se había cansado de llamar por teléfono. Era como si a los dos sujetos que esperaban, Humberto Garrido y el Lucho Derrida, se los hubiera tragado la tierra. La ausencia de Florencia no importaba, ella nunca le había caído bien y no era más que una de las voladas del Pato, una mina para otro de sus amigotes, eso era todo. Lo importante era el negocio, y la mercancía que no llegaba.

Desde que les abrió la puerta, Martín se dio cuenta que le había cambiado el genio,

seguramente por la espera inacabable y por la falta de droga. Como no quedaban cigarrillos se fumaba las colas de los ceniceros, y cuando Pato se quiso poner cariñoso y besarla le quitó la cara.

–Algo anda mal –dijo, y volvió a telefonar sin ningún resultado.

–A lo mejor los pillaron a estos huevones –continuó–; es lo único que falta para matar esta noche desgraciada, que de pronto lleguen los tiras y nos vayamos todos en cana.

El ambiente comenzó a ponerse tenso. Pato daba vueltas nervioso en el living, como un león enjaulado. Martín también comenzó a sentir una ansiedad terrible y pidió algún trago para calmarla. Piti no lo miró con muy buena cara, pero se fue a la cocina y volvió con medio vaso de vino tinto.

–Es lo único que queda.

Martín observaba la situación mientras empujaba el vaso. Había viajado miles de kilómetros para encontrarse ahí en medio de un drama de traficantes. Pero –pensó luego– eso era en realidad el Chile que a él le tocaba. Porque por algo había llegado ahí y se encontraba ahora observándolo todo como si aquello fuera un perfecto melodrama criollo: su amigo, la Piti, la noche, esa casa, los discos de Silvio Rodríguez, la ausencia de la famosa Florencia, la espera, las drogas. Todo aquello formaba parte de la experiencia chilena y no iba a renegarla de ningún modo. Cualquier cosa que sucediese tenía para él la importancia de suceder en Chile. Era

del mayor interés atesorarlo en su corazón, como quien guarda preciados recuerdos, porque sabe que después llegará el momento de pasarles revista y disfrutarlos.

Alguien tocó a la puerta y hubo un momento de tensión donde se miraron a los ojos.

Pato masacró una colilla en el cenicero y levantó la mano como señal para que se quedaran tranquilos y en silencio. Luego se acercó a la ventana y haciendo apenas un lado la cortina espionó hacia afuera.

–Es el Humberto –dijo de repente, y se apresuró a abrir la puerta.

Un relajo les sobrevino.

Humberto contó que habían tenido problemas y que el Lucho iba a llegar después con el paquete. Él se había adelantado para avisarles.

–¿Pero tienes algo? –le preguntó enseguida la Piti.

Sin demora éste trazó varias líneas sobre la mesa, y puso una botella de pisco y cigarrillos.

Después de haberlo presentado le ofrecieron el turno a Martín, pero éste no aceptó. Era mucho para una sola noche. Sentía que no podía seguir adelante, que había alcanzado su límite, que lo mejor era terminar allí y despedirse. Eso sí, aceptó un vaso de pisco que se tomó al seco.

Pato quiso convencerlo de que jalara otro poquito, pero no hubo caso. Martín pronto se quiso ir y argumentó como pretexto que la Florencia ya era caso perdido, que no tenía

sentido esperarla, que no vendría, y que lo demás no era de su incumbencia.

Encendió un cigarrillo y se despidió levantando la mano, a pesar de la insistencia del Pato porque se quedara otro rato.

—No te preocupes —le dijo—, puedo irme solo perfectamente. A ti te quedan todavía cosas pendientes. Y abriendo la puerta salió de nuevo a la noche y al silencio.

Caminó unas tres cuadras fumando, cada vez más contento de haber abandonado esa casa.

Caminaba leyendo los nombres de las calles y cuanto letrero se le ponía por delante, cuando de repente escuchó la bocina de un auto que chillaba a sus espaldas.

Era Pato que había decidido acompañarlo.

Capítulo cuatro

Pato lo dejó en la puerta de su casa y se marchó dándole un buen apretón de manos.

Pero Martín no entró y prefirió dar una vuelta por el barrio. No iba a encerrarse ahora en una habitación a mirar el techo sin poder cerrar los ojos, porque sabía que le asaltarían mil preguntas sin respuestas, preguntas que no lo dejaban en paz y que bastaba unos instantes de soledad para que, rápidamente, reclamaran su atención.

Se puso entonces en movimiento, tranquilo, aunque por dentro todavía se sentía agitado. La ansiedad que produce la droga aún le afectaba, así que no paró de frotar una mano contra la otra y sin darse cuenta sus pasos se aceleraron.

Echó de menos un cigarrillo y aunque por un momento pensó en buscar donde comprar una cajetilla, enseguida desistió para no tener que alejarse demasiado. Prefirió quedarse allí observando lo que le sugerían las sombras.

Rumbo a Brasil, donde el avión haría escala para seguir luego hasta Madrid –ciudad que sería su puerta de entrada al Viejo Mundo–, Martín se estremeció pensando en lo que hacía. Estaba dejando atrás su madre y sus amigos, lanzándose hacia el vacío sin más armadura que unos cuantos pesos que se habían encogido atrozmente al cambiarlos a dólares y que llevaba escondidos en un cinturón especial muy ceñido a la cintura, como si fuera parte de su cuerpo.

Había intentado acomodarse en la estrecha butaca de clase turista y tratado de conciliar el sueño, pero después de varias horas moviéndose en el lugar, no lo había conseguido.

Era la primera vez que viajaba en avión y los nervios lo acosaban pensando que iba por los cielos en un aparato que podía precipitarse a tierra al menor desperfecto. Todo ese presentimiento de fatalidad que solía poseerlo a veces le asaltaba ahora sin querer dejarlo. Pero ya estaba allí, y no le quedaba más que rezar, repensar una y otra vez sobre el plan que había tramado para escapar de su país y radicarse en el extranjero.

Tenía todos los papeles que le habían aconsejado llevar, el certificados de nacimiento y los de estudios, el permiso de conducir internacional obtenido en el Automóvil Club de Chile, y la carta aquella que le habían entregado donde decía que en su país era perseguido por la dictadura. Esto último una gran mentira, porque como él mismo se decía, en Chile a lo más lo

perseguían los boy scout o los bomberos. Pero había sido una verdadera oportunidad de abandonar esa tierra sin futuro, de dejar atrás ese pesado ambiente represivo que asfixiaba a sus compatriotas sin remedio bajo la bota de los militares. ¿Quién podría culparlo de arrancarse de tal forma de aquella pesadilla? Ante el horroroso panorama de la dictadura casi cualquier cosa era legítima.

Le contaron de la oportunidad y sin pensarlo dos veces había vendido sus cosas, juntado la plata para conseguir la carta y que lo incluyeran en la famosa red de escape hacia ese otro mundo más promisorio.

Esa carta entonces era de suma importancia, debía presentarla donde y cuando le dijeran aquellos que irían a recibirlo, estando una vez en el país que había escogido para el refugio. País donde entraría sin embargo con una simple visa de turista.

El avión fue víctima de algunas turbulencias y se estremeció, causándole temor y espantándole definitivamente el sueño.

Quiso sentirse seguro y confiado de que hacía lo correcto, pensando en que nada malo podía pasarle. Después de todo su pasaje era de ida y vuelta con una duración de noventa días, igual que su visa de turista. Y si algo salía mal, siempre podría regresar y hacer como si volviera de un viaje de placer visitando museos en Europa, caminando por esas grandes avenidas de los Campos Elíseos en París.

Todo según él estaba bien pensado, no iba nervioso por eso. Lo que sí le incomodaba y ponía a ratos los nervios de punta era ese avión, el miedo a no llegar y desaparecer antes de empezar siquiera la aventura. El temor a desintegrarse y quedar hecho polvo entre miles y miles de pedacitos esparcidos en el mar.

Tomó una revista y la hojeó con prisa mientras el tiempo parecía que no pasaba, detenido allá arriba sobre las nubes.

Trece horas más tarde, después de un viaje que le pareció una eternidad, llegó a Barajas, tan cansado que si no hubiese sido por la enorme curiosidad que lo embargaba, se habría tirado allí mismo, sobre un banco del aeropuerto. Pero abrió los ojos y forzó sus músculos obligándolos a despertar y revivir. Porque después de todo estaba en España, la madre patria, por primera vez.

Pasó su pasaporte para que fuera timbrado por un oficial de aduanas, a quien dio también el formulario de ingreso al país que le habían entregado en el avión.

Luego se fue directo a retirar su maleta.

Ya estoy en España –se dijo– y a salvo.

Minutos después Martín asomó su maltraído cuerpo al calor aplastante del verano europeo, y con su maleta a cuestas se acercó a preguntarle a uno de los choferes de taxi que se amontonan a la salida del aeropuerto, sobre la tarifa de transporte hasta la Puerta del Sol.

En todo momento, desconfiado como era, temió ser un turista víctima de engaños. No podía evitar sentirse así.

—¿Cuánto es hasta la Puerta del Sol?

—Treinta francoa, señor.

Recordó que el dato que le habían dado en Chile sobre las tarifas de los taxis hablaba de una cifra muy inferior a la que pretendían cobrarle. Comenzó a transpirar y decidió volver a entrar al salón del aeropuerto para preguntar a un policía sobre la legalidad de esa tarifa. Cuando el policía lo escuchó, le pidió que lo acompañara a identificar a quien calificó como un verdadero estafador, pero el chofer ya no estaba, se había hecho humo, seguramente advertido por mirones invisibles que podían estar en todas partes, como en su patria.

El policía llamó otro taxi y lo recomendó a su chofer, acordando con éste la máxima cantidad de dinero a pagar por ese recorrido. Y le tomó la patente.

Me salvé —pensó— mientras viajaba. Me quisieron hacer lesa desde mi llegada. ¡Vaya madre patria!

El Cervantes, hotel de dos estrellas, con aire acondicionado, a pocas calles de la Puerta del Sol y del Corte Inglés sirvió para que por fin descansara sus alicaídos huesos. Allí, en la habitación de una sola cama de un hotel madrileño logró dormir un poco. Luego se duchó y salió a conocer las supuestas maravillas de esa gran metrópolis.

Entonces fue cuando al pasar a depositar la llave de su habitación en el hall del hotel, escuchó de los labios del conserje la frase aquella que no olvidaría nunca, y que se convertiría además en una de sus principales anécdotas de viaje:

—¡Señor, tenga cuidado, cuide muy bien su billetera, mire que sus compatriotas andan muy bravos, robando a medio mundo!

Después ocupó su tiempo en pasear, en conocer parques y museos, durante los dos días que había decidido detenerse antes de seguir a su destino.

Para mal o para bien no se tocó con ningún chileno, conoció el Parque del Retiro, comió una paella en un pequeño y atractivo restaurante lleno de mesas con manteles color rojo, y ya estaba en un asiento del tren que lo llevaría hasta París después de viajar toda una noche.

Capítulo cinco

Cuando el tren se detuvo en la estación Austerlitz de París pensó que el corazón se le saldría del pecho sin que pudiera detenerlo. De ahí en adelante deberían pasar muchas cosas para cumplir con su propósito de quedarse en esas tierras.

Bajó del tren y comenzó a caminar por el andén mientras escuchaba hablar en una lengua desconocida, incomprensible, hasta que llegó a un gran salón repleto de personas.

Gare d'Austerlitz; día miércoles 27; 17 horas 30; hall principal de la estación. Esas eran las instrucciones. Allí debía esperar. Así que se sentó en un banco ocupado por otras dos personas, y esperó.

Veía como la gente iba de un lado para otro. No entendía ni una palabra de lo que decían, pero estaba seguro que con el tiempo, algún día no muy lejano, llegaría a comprender. Le llamaban la atención el carácter melódico de la lengua y el

persistente sonido gutural del francés. Sobre todo las ‘r’ pronunciadas roncadas, como si obedecieran a un problema en la garganta.

Cuando fueron las seis de la tarde y nadie llegaba a recibirlo, se aventuró a cruzar el enorme salón en busca de la oficina de informaciones, con la esperanza de llamar por micrófono a quienes ya deberían haberlo contactado. Marcelo Farías era uno de los nombres que tenía escrito.

Pero al llegar a la ventanilla todos los intentos que hizo por comunicarse resultaron infructuosos. La mujer detrás de ésta sólo hablaba francés y después de un rato de intentar entender lo que Martín trataba de decirle, cambió súbitamente de actitud y simplemente lo ignoró. Desconcertado, desistió y volvió a sentarse en el banco que ahora se encontraba vacío, aprovechando para estirarse.

Después de todo son chilenos –se dijo– aunque estemos en París. Los chilenos nunca hemos sido puntuales.

Cerca de las ocho treinta Martín comenzó a pensar que nadie llegaría a buscarlo. Que todo no había sido más que una vulgar estafa en la que había caído fácilmente. Porque, ¿de qué le serviría la carta si no sabía qué hacer con ella ni mucho menos dónde dirigirse?

Por un momento se sintió obligado por las circunstancias a cambiar de planes. Es decir, a seguir el plan B y disfrutar del viaje como un simple turista. Sin embargo, cuando ya se decidía a darlo todo por perdido, sintió que alguien ponía una mano sobre su hombro.

–¿Martín Fernández? –preguntó el hombre.

–Sí, él mismo. Marcelo Farías, supongo.

–Siento la tardanza, pero más vale tarde que nunca –dijo sonriendo.

–Que chistoso –le contestó Martín–, y yo que pensaba que me estarían esperando.

–No se preocupe amigo, yo lo llevo ahora a un hotel y planificamos las cosas. ¿Trajo la carta?

–Por supuesto.

El hotel estaba cerca de la famosa plaza de la Bastilla y cuando llegaron ya casi oscurecía. Marcelo hizo de traductor y lo dejó instalado prometiéndole pasar por él al otro día a primera hora. Además, le hizo entrega de un número de teléfono “por si acaso”, como le dijo.

La habitación era amplia, con vista a la calle, desde donde provenían las inagotables sirenas de las ambulancias que no pararon de sonar durante toda la noche.

Anchas cornisas y un papel mural con motivos antiguos le daban a la habitación un dejo de otro siglo.

El baño era amplio y limpio, pero estaba equipado de manera muy curiosa. El agua caliente se pagaba aparte, en un depósito para monedas de cinco francos con una ranura especialmente implementada para tal efecto. Martín no tenía idea. Recién lo vino a descubrir metido en la bañera, cuando vio que el agua caliente se agotaba. Cada tantos litros, unas monedas. Así era el asunto.

No fue una grata sorpresa, pero el hecho de ser algo nunca visto y espectacular ayudó a aplacar su ánimo y a conformarlo.

Luego prendió el televisor y se acostó sobre la cama hasta quedarse dormido.

Capítulo seis

Su sueño aquella noche, como lo sería después durante muchas otras, fue una mezcla de ansiedad con imágenes difusas.

Soñó que estaba y no estaba allí en la Ciudad Luz, que aún permanecía en su casa de Santiago y que los deseos de viajar y conocer Europa lo embargaban. Soñó que todavía no había dejado su país y que una mala racha de extrañas circunstancias no le permitía partir, ahogándolo, con ganas de llorar, haciéndole sentir impotente.

Se despertaba por momentos para encontrarse completamente transpirado y volvía a dormirse para caer otra vez en ese mismo sueño. Era la sensación de no estar allí ni acá, envuelto permanentemente en una dimensión transitoria, en la que el espíritu parecía resistirse a asumir el cambio ya ocurrido.

Así, por la mañana, tenía la sensación de haber sido triturado emocionalmente. Sentía que una pequeña angustia le oprimía el pecho. Intentaba

reponerse, cuando alguien golpeó a la puerta y él, en español, le dijo que entrara.

–Votre petit déjeuner, monsieur.

Café, mantequilla, mermelada, panes tostados y un vaso de jugo de naranjas.

–Merci –se le ocurrió decir.

La camarera lo miró con simpatía, mostrando una pequeña sonrisa.

Como a las nueve treinta Marcelo Farías había pasado a buscarlo y se dirigían a realizar su primera diligencia.

Lo importante era ir a una oficina de la policía a declarar su intención de refugiarse en Francia.

Martín estaba nervioso, pero Marcelo logró calmarlo diciéndole que aquello era un mero trámite, que no había nada que temer. Estaba acostumbrado, lo había hecho antes cientos de veces ayudando a otros compatriotas.

En la estación de policía gente de todas las nacionalidades y razas formaban una fila interminable. Una babel que según Marcelo se formaba igual todos los días del año. La gente venía a Francia escapando de alguna guerra o dictadura, con la esperanza de encontrar una mejor vida, lejos de las pesadillas.

Los franceses son famosos por su tradición de “Terre d’asile”, a la que hacen honor abriendo sus puertas a los extranjeros perseguidos de todo el mundo, a pesar que siempre hay gente en contra, a causa del desempleo y los millones que se gastan en mantener a miles de refugiados políticos.

Cuando llegó su turno Martín llenó un formulario ayudado por Marcelo. Mostró su pasaporte y recibió una especie de recibo que guardó en su billetera por instrucciones de su compatriota.

—La carta la muestra más tarde, cuando yo le diga.

Capítulo siete

Después de pasar casi toda la noche caminando y haciendo memoria, Martín volvió a su casa a tomar desayuno, entrando por la puerta de atrás sin hacer mucho ruido. Se preparó un café bien cargado, y desde la ventana de la cocina vio llegar el amanecer. Un amanecer chileno, donde poco a poco va apareciendo al este la cordillera, y sólo después de ella el sol.

No se sentía realmente fatigado, así que prefirió tomar una ducha y cambiarse de ropa, dispuesto a enfrentar el nuevo día sin haber pegado un ojo. Cuando su madre estuvo en pie él terminaba de mirar las fotos que habían quedado sobre la mesa del living. Ella se extrañó de verlo despierto y vestido tan temprano, cuando era de suponer que después de la salida nocturna iba a dormir a lo menos hasta medio día. Sin embargo se alegró de aquello que consideró positivo. Debía aprovechar lo más posible su permanencia en Chile. Una estadía demasiado corta para su

gusto de madre. Ella hubiese deseado tenerlo más tiempo a su lado, ordenarle su ropa y prepararle la comida con ese amor que la desbordaba. Era toda sonrisas para su hijo, esperando que cada cosa suya le agradara. Estaba decidida a hacerlo sentir cómodo y en familia. Así podría ser que decidiera volver a vivir entre los suyos y con ella.

En un principio no había logrado entender cuando Martín partió hace años y después avisó que se quedaba. Se suponía que era sólo un viaje, al que ella misma había contribuido ayudando a vender sus cosas y entregándole sus pocos ahorros. Su marido, entonces vivo, había sospechado, pero fueron sospechas que ella no tomó en cuenta para nada, segura de que eran sólo aprensiones.

Pero ese era el ayer lleno de recuerdos tristes. Un pasado malogrado para tantos chilenos y también para ella, que vio a su hijo partir y no volver hasta ahora. Aunque después de todo, con el tiempo comprendió que su hijo había tomado esa decisión porque no le quedaba otra, porque el país estaba hecho un asco y era lógico que intentara buscar oportunidades que en su tierra le negaban.

Hacía tiempo que había entendido eso sin problemas. Desde entonces incluso dejó de llorar por su partida, y le dio gracias a Dios por darle un hijo capaz de atreverse a buscar por sí mismo una mejor vida en otra tierra. Así se dieron las cosas –pensó–, pero ahora era diferente, la dictadura había terminado y los nuevos gobiernos civiles

podrían ser una nueva esperanza para Chile. Ya podían volver los que se fueron.

Su Martín, si lo quería, iba a encontrar una oportunidad y se quedaría en Chile. De todos modos ¡despacio, mujer! –se dijo, calmándose a sí misma–, si apenas ha llegado.

Como a las diez se acordaron de que habían invitado a la Chelita con su hija a almorzar, y Cristina se apresuró en ir de compras para tener con qué agasajarlas.

–¡Pero, ¡si esta niñita está hecha toda una mujer! –fueron las palabras de Cristina al recibirlas.

Martín también pensó que Marilú era toda una mujer, bien que esperaba encontrarse con una chiquilla. Y una mujer bella, desenvuelta, atrevida. Esto último cosa rara entre las chilenas –pensó– comparadas con las francesas.

Para él las francesas ya habían tenido hace rato su revolución sexual y el sexo dejado de ser un tema lleno de pudores e hipocresía. En Francia no había de qué extrañarse en materia sexual. O te encuentras con una mujer que rápidamente te quiere llevar a la cama, o es una lesbiana que te confiesa su desviación como si nada.

¡Las chilenas no –estaba seguro–, a las chilenas hay que pololearlas!

Tenía su francesa, Chantal, por quien, sin estar enamorado, sentía respeto y cariño, pero había algo en aquella relación que le preocupaba. Tal vez la excesiva independencia de su amiga y su amarga impotencia de macho para adaptarse a esa

forma de vivir en pareja. Demasiada libertad lo ahogaba, haciéndole sentir inseguro.

–Así que tú eres Martín –le dijo Marilú–, y ahora estás de paseíto en Chile, ¿no es así?

La pregunta lo sorprendió, porque sin duda él no estaba de paseíto en Chile. ¿Qué era eso de un paseíto? En realidad ni él mismo tenía muy claro la razón de su venida. Tal vez porque nunca se le quitaron las ganas de regresar. Jamás nada ni nadie se lo había impedido, pero durante mucho tiempo se quedó pegado, incapaz de tomar la decisión y volver, aunque fuera de visita. Eso, hasta el día aquel en que llevado por un impulso, después de diez años, compró el billete de avión y llamó a su madre para anunciarle su llegada. Su decisión fue espontánea, tal como su partida. Pero, de paseíto en Chile sí que no estaba. El retorno era para él una experiencia muy importante.

Marilú, quien intuyó que algo se había detonado en la mente de su anfitrión, le dijo:

–No lo tomes tan a pecho, si es sólo una manera de decir. Algo así como que estás de vacaciones. ¿O es que piensas quedarte?

Martín no lo sabía, y hubiese querido no tocar ese tema entonces, inseguro de sus intenciones como estaba. Por el momento tenía que esperar y ver como las cosas se daban.

–Yo quiero volar –continuó Marilú–, salir, descubrir el mundo. Vivir tal vez en París, en una buhardilla, vecina de artistas y poetas. Lo tengo decidido.

Bella, pero ingenua y desinformada –pensó Martín–, otra persona que imagina que en París se vive de nada, de sueños; que cree que caminará por sus calles como caminaron Breton y Victor Hugo; se juntará en algún café con sus amigos y hablarán de poesía en un ambiente infestado por el humo de los cigarrillos. Él conocía bien que la cosa no era así. Que la vida no es fácil en ninguna parte del mundo, ni mucho menos en París. Esa no era más que una visión romántica de Francia, la que siempre terminaba en desgracia, ahogando a sus ingenuos soñadores. Ya conocía algunos de ellos viviendo vidas complicadas. Pero, ¿tenía que contradecirla?

Hermosa y decidida, se veía una mujer de armas tomar. Así que sólo le preguntó:

–¿Te puedo ayudar en algo? Y le sonrió.

Durante el almuerzo, cada cierto tiempo, la Chelita lo acosó a preguntas sobre su vida en Francia. Quería saber cómo lo trataban los franceses, si las francesas eran bonitas, como se ganaba la vida, si se la ganaba, y si echaba mucho de menos.

Eran tantas cosas que Marilú se sintió obligada a interrumpir.

–Mamá –le dijo– lo estás atorando.

–Pero, si sólo quiero saber algunas cosas –respondió ella, como la criatura más inocente–, saber si es verdad lo que se dice sobre quienes se han aprovechado de las circunstancias y están viviendo como reyes.

Martín se disculpó mientras se levantaba de la mesa, antes que la Chelita continuara. Sabía reconocer cuando había segundas intenciones. Y ahora alguien pretendía hurgar en sus secretos.

No era posible. Qué podía saber ella –se dijo–, típica señora que no sabe donde está parada; quien cree que porque vio algo en la televisión eso es verdadero; y que anda tratando de averiguar todo para después chismear de buena gana.

Pidió disculpas y se retiró, marchándose a la calle.

–¿Dije algo malo? –preguntó la Chelita.

Marilú también se puso de pie después de hacerle unas muecas de desaprobación a su madre.

Martín no la esperó.

Tuvo que correr para alcanzarlo.

–Espera, no le hagas caso –le dijo–. No se da cuenta de lo que dice. Es una señora que no piensa mucho. Pero, ¡Detente! –dijo de pronto, cansada, tomándolo con sus dos manos del brazo–. Conversemos. Aún soy tu invitada, ¿no es cierto?

Martín reaccionó y disminuyó el ritmo de sus pasos. Luego, después de caminar otro poco en silencio, con Marilú tomada de su brazo, llegaron a una plaza donde se sentaron en el pasto, apoyando sus espaldas en el mismo árbol.

–A mí no me importa cómo se fueron los que dejaron este país –dijo Marilú–. Lo importante es que se fueron. A algunos los obligaron y para

esos debe haber sido espantoso; otros deben haber estado asustados o simplemente tan aburridos como lo estoy yo ahora e hicieron sus maletas. ¡A quién le importa! –continuó–. A mí me tienen hasta la coronilla con eso. Siempre mirando hacia el pasado. Lo encuentro injusto. Igual que las preguntas camufladas que te hizo mi madre. No tenía derecho. Pero, perdónala, ya te dije, este país está loco. La gente está dormida.

Martín la tomó de la mano y cambiando de tema, le dijo:

–¿Sabes que somos medio primos? Ahora que recuerdo, te conocí cuando tenías pecas y chapes y vestías trajes con vuelitos. Ambos rieron.

Decididamente no le molestaba estar en compañía de esa joven bella e inquieta, quien además mostraba ahora una inusual reflexión sobre las cosas que le acontecían. Y a Marilú le parecía que por fin podía compartir con alguien capaz de comprenderla, alguien con más mundo y que había realizado mucho de lo que ella ahora pretendía.

No volvieron a la casa. Estuvieron juntos toda la tarde, hasta que oscureció. Martín quiso ir al cerro Santa Lucía y desde su gran terraza observaron el crepúsculo. Ella no paraba de hablar de su poesía y sobre el cómo instalarse en otra tierra.

Ya oscuro Martín comenzó a sentirse fatigado y decidió volver. Primero se ofreció para ir a dejarla, pero ella quería seguir mostrándole Santiago y tantas cosas que él, estaba segura,

desconocía por completo. Muchas cosas cambian en una década.

–Te lo agradezco –dijo–, has sido muy buena conmigo, pero estoy agotado. No he parado desde que llegué.

–Si no hay remedio... –se conformó Marilú.

Capítulo ocho

La carta fue entregada más tarde ese mismo día, a cambio de un permiso de residencia provisorio, en otra oficina de París, donde tuvo que someterse a una entrevista en la que dos personas esperaban amablemente que él les respondiera. Una de ellas era el intérprete, un tipo delgado, de pelo corto, vestido con jeans y polera que hablaba un español de España pronunciando todas las zetas. La otra era una funcionaria de esa organización internacional que vestía pantalones, una blusa azul de seda con un enorme prendedor y que se encargaba de llenar un cuestionario.

Allí repitió lo que le habían instruido que dijera. Que como explicaba la carta que portaba, emitida por la supuesta agrupación por los derechos humanos, él era un hombre que corría peligro en su país, perseguido por los organismos de seguridad de la dictadura, quienes veían en él un activista del marxismo internacional, a pesar de que les había asegurado una y otra vez que no

tenía nada que ver con esos asuntos y que no era más que un ciudadano común y corriente.

La carta aseguraba también que había sido víctima de llamados telefónicos, amenazándolo de muerte si no terminaba con sus actividades subversivas, y él entonces aprovechó para dramatizar este pasaje buscando un mayor efecto en quienes lo interrogaban.

—Cada día por las tardes sonaba el teléfono y alguien me insultaba amenazándome. Después de eso, ustedes saben —les había dicho—; después de eso es muy difícil dormir, sentirse tranquilo.

La entrevista fue corta y durante ésta no le fue difícil mentir. Casi no se dio cuenta que no decía la verdad y jugó su papel de maravillas.

—Señor Fernández —le comunicó el intérprete—, desde este preciso momento usted es aceptado en nuestro país como solicitante de asilo político. De aquí a unos seis meses usted tendrá la respuesta definitiva, de si su petición de asilo es o no aceptada.

Esto, que cualquiera podría haber llamado un buen principio, fue para Martín su primera piedra de tropiezo en la consecución de un sueño que ahora veía más complicado. Esa condicionalidad oficializada —pensó— desestabilizaba el control de sus planes, y lo ponía en una difícil situación.

Por un lado estaba casi seguro que le concederían el refugio y le permitirían radicarse en el país, pero ¡y si no lo hacían!, si investigaban y descubrían que todo lo que les había dicho era falso. Que él era únicamente uno de esos

compatriotas que sufría una violencia encubierta, no declarada. Esa violencia que se sufre cada día frente al noticiario de televisión cuando el general o alguno de sus esbirros amenaza sin escrúpulos a todos los chilenos. Aquella violencia que no se puede mostrar con marcas en el cuerpo porque las marcas quedan en el espíritu.

Para él, sin embargo, había sido más que suficiente el no haber querido continuar bajo la bota del dictador. Eso era todo. Y en estas circunstancias la carta y las mentiras no eran más que un subterfugio necesario. El objetivo era quedarse.

Desde ese momento, Martín quedó bajo la protección del gobierno francés y fue enviado al Hotel San Jacques, en un barrio periférico de París, con comida y unos cuantos billetes para el bolsillo.

Había entrado en el sistema.

Capítulo nueve

Desnuda en su tina, cubierta de espuma, Marilú decidió soñar despierta en todas las posibilidades que tenía por delante. Pasó revista a esa tarde con Martín, quien a sus ojos era como un enviado del cielo para ayudarla a cumplir su sueño.

Muchos habían intentado acercársele, pero ella los había corrido. No quería hombres a su lado, por eso era siempre fría como una estatua, cargante y hasta insoportable. Se alegraba cada vez que veía a uno de ellos desistir en su conquista y abandonar su empeño hasta desaparecer. La aburrían. Según ella no valían la pena. Los veía insensibles, siempre buscando lo mismo, ignorando por completo su vida interior y verdaderas inquietudes.

Pero Martín era diferente. Recordó cuando éste le tomó la mano en la plaza haciendo que se le crisparan todos los pelos de su cuerpo.

–Además es buenmozo –dijo de repente en voz alta, contenta.

Luego se jabonó el cuerpo lentamente, se acomodó en la tina y fue bajando su mano derecha hasta que sus dedos encontraron los rubios y mojados vellos de su sexo. Allí los dejó, acariciándose suavemente, tiernamente, dejándose llevar, sintiendo un gran placer procurado por ella misma, hasta que se relajó y quedó rendida bajo la tibieza del agua y las pompas de jabón.

–Martín –susurró...

Haber encontrado en Martín la persona precisa en el momento oportuno no iba ya a dejar su mente. Como nunca, sentía que hacía lo correcto. Su intuición de mujer le decía que ésta era la oportunidad que esperaba. Y usaría para ello todos sus recursos. Quería que Martín espantara su miedo, que borrara sus temores con el simple traspaso de su experiencia y fuera él quien le abriera la puerta a ese antiguo nuevo mundo con que soñaba.

Pero, hasta el momento sabía tan poco sobre él. ¿Cómo había partido a Europa? ¿Tendría razón su madre al haber sugerido que él podía ser uno de esos que se aprovecharon de las circunstancias y que vivían un exilio dorado desfachatadamente? ¿O había tenido realmente problemas políticos y simplemente no gustaba de andar gritando sus cosas a los cuatro vientos, siendo más recatado? No era que le importara, le

daba lo mismo, pero necesitaba saber si había hoy una oportunidad para ella.

De pronto se sintió despertar. Se dio cuenta que tenía los dedos arrugados por el tiempo que llevaba bajo el agua. Se mojó el pelo hundiendo hacia atrás su cabeza y se alzó alcanzando una toalla para secarse. Enseguida se puso una bata, dejó una toalla cubriendo la parte superior de su cabeza y salió del baño decidida a encontrar papel y lápiz con que escribir.

Al otro día como a las diez telefoneó a Martín, quien aún regaloneaba con las sábanas.

–Te pillé durmiendo, ¡dormilón! –le dijo.

–Es que estoy recuperando fuerzas.

–¿Juntémonos a almorzar?

Casi sin reparar, Martín se puso en pie y respiró profundo mientras abría de par en par sus brazos. Era otro día en su tierra y a la natural ansiedad del redescubrimiento de su país se sumaba ahora la inquietud misteriosa que Marilú provocaba en su espíritu.

No había nada entre ellos, ni tenía la intención de que lo hubiera, pero ella le agradaba. Esa ternura y espontaneidad le atraían, además de su belleza que le hacían el centro de atención de donde fuera.

Ella conocía lugares nuevos y atractivos que él hasta hacía pocos días ni siquiera imaginaba.

–Hoy iremos al Parque Forestal, y mañana a Viña. Tal vez al Museo de Bellas Artes si hay algo interesante.

Por un momento se sintió turista en su propia tierra, y su madre sonrió al escuchar esto al desayuno. Aunque quedó pensativa al enterarse que saldría nuevamente con Marilú. ¿No quería esta niñita irse a vivir al extranjero?

–¿Volverás en la tarde a comer?, preguntó.

–No sé, mamá, te aviso.

Capítulo diez

Cuando salió de su casa ya era mediodía, cuatro horas menos que en Saint Brevins, donde seguramente Chantal, su compañera, se encontraba preparando el desayuno para luego ir a trabajar.

Como a las ocho y media ella bajaría del departamento y caminaría los poco más de cien metros que la separan de la parada de autobús. Allí a las ocho dieciséis en punto subiría al autobús y se dejaría llevar hasta su lugar de trabajo.

Admiraba ese orden casi perfecto, esa exactitud sin excepciones, en un país donde los trenes parten a las 11:07 o a las 23:41, sin fallas.

Nunca había entendido realmente como podía eso funcionar. Una flota de buses modernos circulando en un orden sorprendente, conducidos por choferes bien pagados y cumpliendo sin problemas con un horario estricto.

Como aún tenía tiempo prefirió tomar una micro en vez de taxi, buscando una experiencia diferente, más cerca de su gente. Y tomó la 239B que pasaba por Plaza Italia.

Los frenos de la micro rechinaban y el chofer venía acelerado. Unos cuantos paraderos más y la micro se llenó hasta la pisadera. Entonces sintió como si se encontrara en medio de una lata de sardinas y quiso bajarse de prisa aprovechando la primera parada.

–Permiso, permiso, perdón, disculpe.

–¡Pero, oiga, por qué no se fija!

Logró descender y arreglarse la ropa, desordenada debido a tantos roces y empujones.

Caminó contento, observando cada cosa sin perderse nada. El día estaba hermoso y la cordillera podía verse a pesar del esmog. Continuó silbando, relajado, hasta que descubrió que su billetera había desaparecido. Incrédulo, se buscó otra vez en el bolsillo posterior y como no la encontró siguió con más nerviosismo buscando en sus otros bolsillos, sin encontrarla.

–¡Chucha! –dijo de pronto–, me robaron la plata, las tarjetas de crédito y el pasaporte.

La micro ya iba lejos para seguirla. No se había dado ni cuenta, tenía que haber sido en medio de todos esos empujones y roces al bajarse.

Hizo parar un taxi y le pidió que lo llevara al lugar acordado con Marilú. No tenía intención que esto le arruinara el día. La plata perdida no era mucha, y las tarjetas quedarían bloqueadas en cuanto diera aviso. El único problema era su

pasaporte francés, aunque aún conservaba el chileno, con lo que podía moverse sin problemas.

Por esas circunstancias felices de la vida, Marilú había sido puntual, y estaba esperándolo.

–Súbete, me robaron.

–¡Cómo que te robaron!

–Algún manolarga metió sus deditos en mi bolsillo. Y ahora me veo obligado a bloquear las tarjetas, denunciar el robo y volver a mi casa a buscar más plata. Aprovechemos el taxi.

Llegaron a la comisaría y antes de bajarse Marilú tuvo que pagar el taxi. Entraron y al hacerlo el carabinero de guardia, apostado detrás de un gran mesón, les pidió esperar para ser atendidos. Un poco más allá se veían otros carabineros conversando, pero ninguno se interesó en preguntarles la causa de su presencia.

El que estaba de guardia escribía en un libro gordo sin levantar la cabeza mientras se escuchaba una voz entrecortada en un pequeño, pero al parecer potente equipo de comunicaciones. Martín pensó haber olvidado ese olor habitual de los cuarteles policiales. A pesar de que él había sido un frecuente visitante durante la dictadura, detenido innumerables veces por infringir el toque de queda.

Un rato después el carabinero de guardia levantó la vista y sin mirarlos siquiera preguntó:

–¿Qué se les ofrece?

–Venimos a denunciar un robo.

–Qué robo.

–Me robaron la billetera mientras viajaba en una micro.

–Cuándo, y dónde.

–Bueno, la micro iba por la Gran Avenida, como a mediodía.

–Su nombre.

–Martín Fernández.

–Carné.

–Precisamente me robaron el pasaporte, yo vivo en el extranjero. Pero soy chileno –se apresuró a decir.

–El de la dama entonces.

Marilú sacó su carné y lo puso sobre el mesón para que el carabinero lo anotara. Éste escribió la denuncia, les pidió que la firmaran y les dijo que en todo caso ellos no podían hacer nada. Que sólo quedaba estampada la denuncia del robo del pasaporte, lo más importante, por si acaso algún vivo quisiera suplantarlo. Acto seguido el carabinero se puso a atender un llamado hecho por radio e hizo como si el asunto estuviera terminado.

–Vamos –dijo Marilú–, aquí no hay más que hacer. Vamos ahora a bloquear tus tarjetas de crédito.

Martín se sintió aliviado de dejar la comisaría. Dieron media vuelta y cuando se disponían a salir, de pronto aparece ante ellos el mismísimo Humberto Garrido, traficante amigo de su amigo Pato Mancilla, esposado, en medio de dos enormes carabineros.

Cuando Humberto vio a Martín abrió grandes sus ojos, pero fingió no conocerlo, y en su lugar no halló mejor idea que ponerse a cantar:

–“Díganle a la Piti que la estoy queriendo, díganse lo rápido”.

Pero hasta ahí llegó, porque lo hicieron callar con un fuerte manotazo en el pecho.

En todo caso esto había sido más que suficiente. El mensaje fue recibido y bien comprendido por Martín, quien salió de prisa con Marilú tomándola del brazo.

–Pero, qué te pasa, ¿viste un fantasma?

–Algo parecido.

Humberto Garrido había sido arrestado no hace mucho y por casualidad cuando un policía, llamado por el deber, perseguía poner término a una trifulca suscitada por tres hermanos que trataban de darle una pateadura a uno de sus cuñados.

Al ser alertado por los vecinos el policía había apurado el paso y en su recorrido tropezó estúpidamente con Humberto, quien estúpidamente también se pasó una terrible película y cuando se vio con el hombre de verde encima entró en pánico y se desesperó.

El policía, que por el costalazo veía como su intención de correr tras los hermanos agresores se desvanecía, se levantó sobándose la cadera y se desquitó con Humberto, sospechando de inmediato de él y procediendo a revisarlo.

Humberto portaba dos gramos de coca para su consumo personal, suficiente para ser arrestado y puesto a disposición de los tribunales.

Él no iba a decir nada, pero sabía que cuando sus amigos lo supieran se iban a preocupar, temerosos de que abriera la boca. Así que el encuentro casual con Martín le venía como anillo al dedo. Tenía que prevenirlos.

Capítulo once

De París lo enviaron en bus a Saint Brevins les Pins a vivir en la habitación de un hotel especialmente acondicionado para recibir a demandantes de asilo político. Su pieza, una más de las ochenta que poseía el edificio, medía unos seis metros cuadrados, tenía una cama, una pequeña mesa con una silla y un ropero metálico donde metió sus cosas amontonadas. La única ventana le permitía mirar hacia un estacionamiento repleto de automóviles.

Sus vecinos más próximos eran un joven iraní que apenas balbuceaba el francés y una familia de camboyanos que mantenía permanentemente el piso del edificio oliendo a un insoportable olor a frituras y que sonreían amables bajo toda circunstancia, sin poder tampoco comunicarse.

El baño era común, con varios excusados y duchas al final del corredor. La cocina, la sala más grande, era un lugar provisto de quemadores, lavaplatos y grandes mesones cubiertos con el

mismo azulejo blanco de las paredes. Las escaleras eran sucias, oscuras como boca de lobo, y en todos los pasillos del edificio había de esas luces que sólo se mantienen encendidas unos cuantos minutos y luego se apagan automáticamente.

En ese lugar y recién llegado había enfermado hasta sentir, debido a la fiebre, que todo su cuerpo no era más que un delgado esqueleto, tiritando, vuelto un guiñapo que deliraba y transpiraba sin tener mucha conciencia de lo que en ese momento le ocurría.

El doctor Shu Lin, camboyano a cargo de la salud de los residentes, lo atendió lo mejor que pudo con la ayuda de Veronique, una enfermera francesa que hablaba español y que decía tener un especial aprecio por los chilenos. Cosa bien comprensible como pudo después comprobar al conocer a Domingo Cáceres, un chileno radicado en Francia desde hacía ya algunos años.

–Casi te vai pal otro mundo –le dijo Domingo, chileno de pura cepa, de Melipilla.

–Trabajo como jardinero y soy el compañero de la francesita que te está cuidando. Es un poco mayor pero igual está bien rica, me quiere y me ha ayudado un montón. ¿Habla bien el español la gringa, no te parece?

Domingo era un muchacho como él, no pasaba de los veintiséis años, moreno, de pelo negro, corto, tieso, ojos café, flaco y alto como una espiga, y que hablaba un pésimo francés a pesar de llevar años practicándolo. Se había refugiado

después de haber sido sacado violentamente una madrugada, a punta de culatazos, de la casa de su madre en una población de Melipilla.

Sin tener nada que ver con nada, según fue su relato, de puro miedo arrancó siguiendo a su primo militante de la juventud comunista que se asiló en la embajada de Francia en Santiago, sin tener otra cosa que hacer porque su vida estaba en peligro.

Habían llegado juntos, pero su primo después de vivir algunos meses en Francia decidió emigrar a Bélgica, donde lo esperaban algunos de sus correligionarios. El por su parte había conocido a Veronique en pleno trance de separación de su marido ingeniero, la que luego de ahogar durante varias noches las penas en sus brazos, le pidió que se quedara.

Domingo parecía conocer bien todo el tejemaneje de la supervivencia en el país. Desde las primeras semanas lo ayudó a postular y obtener varios beneficios sociales disponibles en Francia para cualquier residente que los solicitara.

Así, sin llevar siquiera un mes Martín ya tenía una cuenta corriente y con los dólares aportados desde Chile compró su primer auto en una gigantesca feria de autos usados. Un Citroën AX, color beige, con una suspensión de las mil maravillas.

En ese entonces dormía durante todas las mañanas. Por las tardes bajaba a unos cursos de francés impartidos especialmente para aquellos

recién llegados, y en ellos conoció a una pareja de chilenos con dos niños.

–Cuídate del chico Miguel –le dijo Domingo un día–, es un tipo extraño. Antiguo mirista con muy malas pulgas, se jacta de haber aparecido en la primera plana de Le Figaro como uno de los terroristas que el gobierno francés acoge y protege, para disgusto de muchos. Cualquiera se da cuenta de que eso es algo malo, pero él se siente orgulloso. ¿No te ha mostrado todavía la revista?

Capítulo doce

Para Martín el hecho de haberse encontrado con Humberto en la comisaría y haber recibido tan claro como el agua ese mensaje era angustiante. No quería por nada del mundo inmiscuirse. Ese era un mundo del que prefería mantenerse a distancia. Aunque por otra parte no se trataba sino de dar una mano a conocidos evidentemente en problemas, una simple llamada, una pequeña ayuda de buen samaritano.

Llamó por teléfono para bloquear sus tarjetas de crédito y cambió algunos dólares después en el centro. En la calle Huérfanos, en donde varias veces estuvo a punto de abalanzarse sobre un teléfono y alertar a la Piti tal como Humberto le pidiera.

Pero no quería que Marilú sospechara. Temía que al enterarse pudiera imaginar cosas que asustan a la gente decente. Así que prefirió olvidar el asunto y dedicarse a comentar acerca de los cambios de la ciudad.

–Modernos, modernos –dijo, refiriéndose a los edificios–, como en cualquier otra parte del mundo. El Café Haití eso sí está igualito. Esto de los vendedores ambulantes perseguidos por los carabineros es de lo más folclórico que he visto.

–¿Y allá, cómo es? –preguntó Marilú–, ¿muy diferente?

–Como en el barrio alto –dijo–. Ni más ni menos.

Tomaron varios café, algunos sentados en un salón y otros en la barra de un local atendido por esbeltas mujeres con sus cuerpos casi desnudos. Comieron un completo en el Dominó de calle Agustinas, casi al llegar al Paseo Ahumada y la oscuridad los pilló caminando en medio del ajetreo de la gente volviendo a sus casas.

Martín estaba en verdad fascinado de estar ahí en ese lugar, escuchando los gritos de los vendedores en su propia lengua, viendo esos rostros morenos, hijos de su tierra. Era para él un momento incomparable y entonces, dejándose llevar por la emoción, compró una rosa a un vendedor callejero y se la regaló a Marilú haciendo un gesto de reverencia, del mismo modo que un caballero andante saludaría a una princesa.

–¿Qué hacemos ahora? Cher Monsieur.

–Lo que hagamos no importa, la noche aún es joven, no tienes problemas spongo.

–Para nada –respondió firmemente Marilú.

Se pusieron en marcha otra vez, mientras ese mundillo nocturno de la ciudad comenzaba a tomar posesión de las calles del centro. Marilú

sintió miedo, pero sin decir nada se aferró con todas sus fuerzas al brazo de Martín. No había sido nunca temeraria y conocía la inseguridad de las calles del centro a esa hora.

–Tomemos mejor un taxi –dijo–, a esta hora por aquí se pone peligroso.

Pero a Martín la Alameda le parecía una verdadera taza de leche. Gozaba de poder caminar libremente por las calles sin tener que temer alguna patrulla de los milicos que apareciera de las sombras. Sin tener que ir ocultándose a cada rato en la entrada de los edificios por temor a ser descubierto.

–Sí, ya sé lo que estás pensando –dijo Marilú, como si le hubiese leído el pensamiento–, pero los fusiles de los militares se cambiaron ahora por los trabucos de los delincuentes. Y estos no te detienen, te asaltan.

Finalmente, después de pasar a la Fuente Alemana y comerse un lomito largamente añorado, y que según él no se compara con ningún sándwich servido en el más especializado restaurante de París, ambos se sentaron en plena Plaza Italia bajo la luz de los letreros luminosos, a conversar de amores y desamores, de sueños y pesadillas, como dos grandes amigos invitados por el destino a una íntima conversación.

Sin embargo, él sabía que su deber era cuidar lo que decía, que ni por un momento podía relajar sus máscaras y caer en confidencias que podrían después costarle caro. Por eso en muchas cosas tuvo que mentirle, contarle hechos inventados,

preparados con antelación para mostrar una imagen fabricada y, de súbito, se dio cuenta de que le estaba contando precisamente lo que ella quería escuchar; de cómo había logrado instalarse con mucha garra y sin ayuda en ese país extranjero. Le relató varias anécdotas inventadas y terminó diciéndole que el objetivo de su viaje era sondear lo que realmente sucedía en su país. Sin pensar en un regreso definitivo, porque donde él estaba, estaba bien, sin problemas económicos y feliz, viajando a un país diferente cada año, totalmente integrado.

Marilú por su parte también tenía su ideal de mundo, mezcla de realidad y fantasía esperando concretarse o desaparecer. Ya era toda una mujer y se resistía, según fueron sus palabras, a caer en convencionalismos esclavizantes e indignos para una mujer de este siglo. Ella quería un cambio radical y pensaba que lo conseguiría alejándose de los suyos, de su madre y su país.

—Imagino que el dolor del extrañamiento purifica, que la distancia sana de los prejuicios que nos envenenan y que le proporciona oxígeno a los sueños. Yo sería capaz de trabajar en cualquier cosa con tal de forjarme un futuro en otro país. Limpiaría escusados, cuidaría niños, o manejaría camiones si fuera necesario. Pero en este país siento el peso de la noche y los ojos de todos queriendo inmiscuirse en mi vida. Además que no hay oportunidades, ni mucho menos para una aprendiz de poeta.

Marilú apoyó su cabeza en el hombro de Martín y éste se sintió un poco culpable. Culpable de incentivar esos locos sueños de mujer bonita con mentiras de hombre enaltecido por sus propias palabras, porque se dio cuenta de lo peligroso que podía resultar el crear falsas expectativas en su nueva amiga.

–Sigamos caminando –le pidió, y una vez de pie, al mirarla, pensó que su belleza era la de una verdadera diosa.

Capítulo trece

Durante sus primeros seis meses en Francia, mientras llegaba su carta de residencia por diez años, y hasta que fue aceptado definitivamente como refugiado, Martín no hizo otra cosa que dedicarse a conocer la gente y la lengua del país que lo acogía.

Pero cuando le llegó la hora de abandonar el hotel y las regalías que en éste disfrutaba, no pudo hacerlo, tuvo que subsistir por un tiempo con las ayudas del Estado, víctima de su imposibilidad de encontrar un empleo como la gente, es decir como los franceses comunes y corrientes, quienes si bien sonreían y repetían su 'bonjour' en todas partes y a todas horas, eran celosos de sus puestos de trabajo, escasos y hasta cierto punto, reservados.

Limitado por el lenguaje, los puestos de vendedor u oficinista le estaban vedados, y sólo pudo conseguir un empleo de medio tiempo pintando muros de edificios, trabajo que debió

abandonar muy pronto al no poder superar su fobia natural a las alturas.

Únicamente después de dieciocho meses de haber llegado, con ayuda de Domingo y Veronique, logró abandonar el edificio del hotel para mudarse a un pequeño departamento de un solo ambiente en el piso quince de una torre infestada de extranjeros –casi puros árabes desadaptados–, en la periferia de la ciudad.

Este cambio y esta sensación de empezar una nueva etapa lo hicieron sentir feliz y olvidar también ciertos síntomas de frustración que comenzaba a sentir en su estrecha pieza del hotel.

Entonces fue cuando empezó a escribir a sus padres que todo iba bien y mejorando. Claro que nunca relató los verdaderos hechos, que en un principio fueron extremadamente complicados.

–Tenís que contarle puras cosas buenas –le aconsejaba Domingo, y él les escribía maravillas, mentiras piadosas para no preocuparlos. Seguro de que las cosas mejorarían.

Para recibir la continuación de esta historia

Si a usted le ha gustado la novela y quisiera recibir por correo electrónico los capítulos restantes, deposite US 6 en la siguiente cuenta:

Banco del Estado, cuenta rut número:
6882004-9

O envíe ese mismo monto a través de Western Union a :

Ernesto Langer Moreno

Calera de Tango, parcela 20, Santiago de Chile.

Y envíe un email a elanger@escritores.cl avisándonos para hacerle llegar el final de la historia.